

El fijapelo. El estilo capilar de México

Por Jorge Luis Marzo

Ilustración: Edgar Clement

No hay país en el mundo que profese tal devoción a este producto sinpar. El fijapelo domina sin rival la personalidad visual de millones de mexicanos. Hombres y mujeres comienzan su larga andadura diaria pertrechados, envueltos en armoniosa comunión con el gel y la brillantina. Se les vé luminosos y seguros: saben positivamente que a pesar de los numerosos avatares que sus trabajos les planteen, sus cabellos ofrecerán la seguridad de lo inmutable, la certeza absoluta de que hay un orden inamovible, de que no se despeinarán ni en el más riguroso de los naufragios. Hay algo de dicha y felicidad en todas esas cabezas: es el símbolo de una nación que rinde culto y pleitesía a las formas, al valor de una imagen imperecedera, que no cambia ni transmuta en el conflicto o en la negociación.

El gel rige la vida del pelo mexicano. Les da las formas más posibles y las más imposibles. Otorga la seguridad de lo estándar, ese pelo peinado hacia atrás, quieto y congelado, y al mismo tiempo ofrece la posibilidad de fijar en el tiempo y en el espacio las formas más insospechadas, erizadas hacia el aire o hacia sí mismas, para que no haya duda ni borrosidad sobre la diferencia que uno mismo proyecta.

Pelos en punta o aplastados como bloques, en bucles o perfectamente disociados en dos mitades y delimitados por severos huecos en los que respira el cuero cabelludo. Siempre húmedos, pero siempre serenos. Pelos disímiles, pelos apelmazados en cuatro o cinco grandes franjas de pelo; cabelleras descendentes, cascadas de pelo tieso que recorren la nuca como una peineta al revés; el país se sabe seguro, incluso aunque uno pueda llegar a peinarse direccionando el cabello hacia cuatro direcciones distintas. El rostro riguroso del mexicano, siempre tímido pero atento, encuentra en el cabello encolado el símbolo de una sabiduría basada en lo que nunca se pudo mover, en lo que siempre ha estado ahí, sea lo que ello sea, qué más da. El pelo negro y rígido representa la mexicanidad, ese acento indescifrable del que todo mexicano se siente “ciento por ciento” orgulloso.

Los gringos adjetivan despectivamente a los latinos con el término *greasy*, o sea, grasientos. Lo derivan del uso hispano de la gomina capilar. El anglo (que no sea *punki*, *rocker* o pelón) no entiende la fenomenal filosofía que subyace bajo la brillantina hispana. El gringo concibe la experiencia vital como una actividad sin formas definidas, sólo perceptible en el interior privatizado del alma: los pelos al aire, sueltos y dinámicos, son motivo de regocijo protestante puesto que son adaptaticios a cualquier eventualidad: si llueve, se moja: si giro bruscamente la cabeza, el cabello se desordena.

Ese simple ejercicio positivista y mecanicista hace fehaciente lo que es importante para el gringo: la libertad está en el interior de un estuche que jamás se debe revelar, y mucho menos de manera unívoca o establecida con fijador. Y si no, ¿por qué el rulo de Supermán, natural y siempre limpio, nunca se mueve cuando vuela?

Pero, ¿quién usa la gomina o el gel para el pelo? Esta es una cuestión nada fácil de dilucidar en un país mestizo como México. Adelantemos algunas conjeturas. Si observamos con atención las calles, o mejor los barrios, comprenderemos que el uso del fijapelo se concentra fundamentalmente en la gente con rasgos indios. De ello se podría formular una primera reflexión. El pelo de las personas de raza indoamericana nace comunmente en forma de pincho, cual púas de nopal; no parece querer ajustarse a las doctrinas del pelo europeo, por las cuales el cabello debe caer por su propio peso sobre la cabeza. El pelo indoamericano nace buscando el sol, como los girasoles. ¿Podríamos deducir de ello que el uso del gel se debe al ocultamiento o disimulo de los orígenes indios?. Quien sabe: podría ser. En el barrio, al que amanece con la cabellera naturalmente disparada y rebelde se le llama *pelostercos* o *pelosnecios*, que es algo así como llamarle pinche indio a alguien (¿cómo se entiende que un mexicano insulte a otro mentándole su indianidad y luego se cague en la madre de Cortés?). Bueno, pues parece que automáticamente el buey irá a su casa a pedirle a su madre que le embadurne la cocotera de jitomate o de limón, que son los dos grandes descubrimientos agrariocapilares de la lucha obrera antes de la aparición del gel. La represión del gen rebelde del cabello se intuye así como un estadio más en la prolongada capacidad de las sociedades barrocas de integrar a todo el mundo, aunque sea simplemente mediante el maquillaje.

Al mismo tiempo, y estirando este argumento, ¿se podría establecer que el fijapelo es un mecanismo de integración social de los marginados?... ¿marginados? ¿no hay entre los diputados, senadores, jueces o figuras del deporte una ingente cantidad de personas que se aplican cada mañana en dotar a sus cabellos de la certidumbre gelatinosa? No, definitivamente el debate no puede solucionarse con esta premisa. Se hace necesario pensar con otras directrices. ¿Deberíamos pensar en el uso de la gomina como forma de enmascarar la suciedad del pelo, de la misma manera que nos ponemos ropa negra para camuflar las manchas de café, chocolate o pozole? Tampoco parecen ir por ahí los tiros, puesto que el mexicano hace profesión de fé de su limpieza cósmica desde los tiempos fundacionales del temazcal, a diferencia de los pinches europeos que albergan todo tipo de liendres y piojos en sus roñosos pliegues.

¿Será pues, el fijapelo, una marca de identidad? Los *cholos* tienen todos el pelo mega brillantado y totalmente tirado hacia atrás, enjaezado además por un paliacate. Es su logo. Al mismo tiempo, entrar en el metro del Defe

supone el encuentro con todo un elenco de personajes extraídos de series como *Dragonball*, con Son Goku y sus amigos: pelos ardientes y picudos sobre las cabezas como si llevaran el fuego eterno siempre con ellos, como para no olvidar que uno es lo que parece. Aunque lo que parezca no sea uno.

También podría ser que el uso del gel y de la brillantina tenga algo que ver con la emulación de los grandes héroes masculinos del celuloide. Ciertamente uno de los estilos peluqueros preferidos del mexicano es echarse todo el pelo hacia atrás, bien engominado, alisado y a ras de cuero. Ello podría hacernos pensar en tantas figuras del cine. Durante los años 40 y 50, los “pachucos” tendían a engominarse el pelo a la manera de los rockers y de las figuras del imaginario gringo que rompían los moldes de la burguesía bienestante. Pero yo tiendo a pensar que la razón radica en otro lugar: ¿se han dado cuenta de lo difícil de ver a un mexicano que no tenga la cara o la frente despejada? No es habitual toparse con alguien a quien no se le vean los ojos. El mexicano va con la cara por delante, sin pretensiones pero sin disimulo. Por otro lado, el extenso uso que de la gomina hace también la mujer mexicana desbarata rápidamente cualquier lectura de género respecto a este problemático asunto.

Un amigo mio me apunta la posible analogía entre el penacho azteca y el copete mexicano actual. Otro me indica la importancia de perseguir una nueva línea de investigación: la contradicción entre el peine –artefacto emblemático de la mexicanidad– y el fijapelo: “¿te has dado cuenta de lo cochino que queda el peine cuando el pelo está lleno de gel?”. No sé. Sigo sin decidirme. Yo me quedo con la duda, pero también con una íntima certeza. El pegamento en la testa mexicana tiene algo que ver con el orgullo de una nación, sacudida a bandazos por la vida diaria y la confusión histórica, que ha decidido que ni de pedo va a quedarse con los brazos cruzados ante el desorden. Nadie puede decir que el mexicano contribuye al desastre nacional. La seguridad de un pelo recio, de una voluntad capilar de hierro, participada por cada uno de los ciudadanos (y de sus madres, cuando eran esquincles), indica la enorme afirmación de la raza por encaminarse a un porvenir colectivo mejor. El enemigo, pues, no puede ser otro que el pendejo, que sin visión de futuro, deja sus lacios cabellos al viento, a merced de las tribulaciones imprevistas. ¡Viva el gel, cabrones!

GELFIAPELO STYLE



Estilo Ejecutivo



Estilo Lowride



Estilo Clásico



Estilo Casco Ciclista



Estilo Copetín



Estilo Cristo Rave



Estilo Son Goku



Estilo Antorcha Humana



Estilo Punk Conservador



Estilo Si Te Ries
Te Rompo Tu Madre